

13 de Noviembre de 1932

Obtendrá gran galardón el que de verás procura ser de Cristo levadura, con su ejemplo y actuación.



LA HOJA PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

Domingo XXVI después de Pentecostés

«Jesús propuso al pueblo una parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre toma y siembra en su campo. Este grano, a la verdad, es la más pequeña de todas las semillas; pero después que ha crecido es la mayor de todas las legumbres, y se hace un árbol, de tal modo que las aves del cielo vienen a habitar en sus ramas. El les dijo también esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante a la levadura, que una mujer toma y esconde en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado. Etc.» (Mat. 13, 31-35).



LA MOSTAZA Y LA LEVADURA

El reino de los cielos a que se refiere aquí Jesucristo es su Iglesia. Esta es semejante al grano de mostaza, porque, pequeña en sus principios se propagó y extendió por toda la tierra.

Es semejante también a la levadura, y en esta consideración vamos a ahondar hoy un poco. Cristo es la levadura santa, que vino del cielo y se mezcló con la humanidad, para hacer a ésta fermentar en el amor de Dios en que El se abrasaba.

Y para conseguirlo con más eficacia, nos

dejó sus doctrinas y ejemplos y se quedó él mismo bajo las especies de pan, parecido hasta en la forma a una levadura. Y el objeto fué mezclarse con todos y cada uno, para hacernos fermentar. La Iglesia es la mujer que, por medio de sus ministros, distribuye a todos los que quieran recibirla esta levadura que les ha de hacer, si no ponen impedimento, semejantes a Cristo.

Cada uno de los cristianos, después de haber fermentado ya por la íntima unión con Cristo, debe convertirse también en levadura para con sus hermanos. ¿Cómo? Primeramente procurando ser de verdad otro Cristo, imi-

tando sus virtudes y edificando a todos con el buen ejemplo. Después procurando por todos los medios que estén a su alcance, traer a los demás a unirse y mezclarse con esta levadura, aprendiendo sus doctrinas y ejemplos, practicando su moral y recibiendo sus sacramentos.

¡Qué hermoso es todo esto! Convertios, lectores, en levadura de Cristo; así seréis continuadores de su misión y obtendréis un premio inapreciable.

¿MANTENER A LOS CURAS?



ACIA mediodía ha vuelto el padre del taller. Acababan de ponerse a la mesa. Llamaban tímidamente a la puerta.

—¡Germana, corre a abrir!
Una rubita de seis años obedece.

Aparece un sacerdote.

—Amigos míos, soy vuestro párroco.

El padre y la madre se levantan de la mesa, sorprendidos. Los dos niños más pequeños, que siguen sentados, miran la sotana con los ojos asombrados.

—¿Qué desea usted—dijo el padre.

El sacerdote echa una mirada por la habitación. No se ve el Crucifijo. Sobre la chimenea hay un gran cromo representando una mujer escotada. En sus caras lee que no están acostumbrados a semejantes visitas.

—Vengo a pedirles limosna. Voy por todas las casas. Temería hacerles un agravio no entrando aquí.

El padre miraba a su mujer como diciendo:

—¡Estos curas... qué explotadores!

—Amigos míos—continuó el sacerdote—, esta limosna que se os pide se destina al sostenimiento del clero, condenado al hambre por la ley...

El hombre comprobaba por su propia experiencia la verdad de lo que leía en los periódicos: los curas son parásitos que viven de la miseria del pueblo... holgazanes... inútiles que abusan de la credulidad pública. Ahora era evidente: los había cogido.

—La ley, señor cura, es la ley—respondió vivamente.

—No, amigo mío: una ley que despoja a los poseedores legítimos es una ley injusta. ¡Y si le quitaran a usted sus bienes!

—Trabajaría, ¡qué diablo! ¿Cree usted que soy un holgazán?

Se cruzó de brazos ante el sacerdote, que bajaba los ojos, mientras el rubor del insulto subía a su rostro. El hombre replicó:

—Créame usted, el pueblo ya no se deja engañar... Le han chupado ustedes demasiado; ¡ahora ya se acabó!

El cura comprendió dónde se había metido. Mientras se retiraba cerrando la puerta tras él, el padre le lanzó estas palabras:

—Tiene usted brazos; podían algo mejor que mendigar!

Cuando desapareció, la mujer, que había callado durante toda la escena, dijo tristemente:

—¿Por qué le has despachado? ¡Si esto nos trajera mala suerte!

Volvieron a la mesa. El mal humor sazonó el final de la comida. El padre regañó contra los curas, causa de todos los males actuales... contra la religión, enemiga de las libertades;... contra su mujer, que no compartía todas sus ideas...; contra los chiquillos, que alborotan demasiado... Al marchar al taller, dijo:

—Para una vez que vemos al cura, tenemos un disgusto en casa... ¡Qué pájaros de mal agüero! ¿No tengo razón para expulsarlos?

Y salió dando un portazo.

Seis meses después. * * *

En la misma habitación una enferma descansa en la cama. Su cara está como la almohada. A su lado está sentado su marido, y los chiquillos que miran a... su madre, callan y lloran. De pronto la enferma vuelve en sí:

—He creído morir...

Los ojos del hombre se humedecieron. Quería volver a hablar, pero la voz era tan débil, que él tuvo que acercar el oído a sus labios.

—Edmundo, ¿quieres darme gusto?

—Sí, Juana; sabes que nunca te he negado nada.

—¡Quiero ver a un sacerdote! Vete a buscar al señor cura.,.

Desde hacía tiempo temía él esta petición. Una lucha se entabló en su alma. Llamar al que había despedido, suplicarle que volviera; ¡qué humillación! ¿No se aprovecharía de la situación? Triunfaría duramente... y se haría pagar caro. Por otra parte, el deseo de una moribunda es sagrado. Reflexionaba, con la mirada perdida en el vacío. Ella volvió a hablar:

—¿Edmundo?

—Juana.

—Te lo suplico, no quiero morir sin sacerdote. ¡Vete!

Los grandes ojos azules, lo único que parecía vivir en aquel rostro de cera, se hicieron tiernamente elocuentes. El marido temblaba como una hoja.

—¡Vete!

Se levantó él y besó la helada frente.

—Será una prueba de que te quiero.

Cogió la gorra y bajó rápidamente la escalera. Mientras iba, se decía:

—Apostemos a que el cura no quiere venir.

Unos instantes después, llamaba en la casa rectoral. El mismo anciano a quien había des-

pachado, le recibió. Edmundo expuso el objeto de su visita, tímidamente; su mujer estaba moribunda, la tuberculosis había hecho terribles progresos; la enferma le llamaba.

—Voy inmediatamente, pobre amigo. Acompañeme.

Por el camino, los dos hombres apenas hablaron. El obrero respondía con evasivas a las amables preguntas del sacerdote. Estaba extrañado y fastidiado al mismo tiempo.

Entraron en la habitación.

El padre llevó los niños a otro cuarto, mientras el sacerdote cumplía su ministerio.

Cuando volvió, su mujer tenía una expresión de felicidad que él nunca le había visto.



—Pondrá usted un mantel blanco sobre la mesa—dijo el buen anciano—; colocará un crucifijo entre dos velas, y mañana, después de misa, traeré a Nuestro Señor.

Todo estuvo preparado a tiempo. Edmundo había arreglado la casa; una vecina piadosa prestó el crucifijo y las velas; pusieron a los niños los vestidos de fiesta y el padre se puso el traje de los domingos.

Llegó el sacerdote. Depositó el copón sobre la mesa, y volviéndose hacia la enferma pronunció unas palabras tan paternales, que los asistentes lloraban de emoción. Administró el santo Viático; después la Extremaunción. Cuando el sacerdote cogió la Hostia, el padre se arrodilló, gesto instintivo de tiempos pasados. La agonía fué larga; casi duró ocho días. El buen cura visitaba con frecuencia la enferma, consolaba al padre, bendecía a los futuros huérfanos. Una tarde en que el anciano se encontraba a la cabecera de la cama, la moribunda tuvo un movimiento convulsivo, lanzó una mirada rápida como el relám-

pago sobre su marido y sobre el sacerdote, que le dió la última absolución. Estaba muerta.

* *

Las semanas pasaron dolorosas. El médico envió la nota; no era exagerada, pero subía a más de 150 pesetas.

La nota del señor cura no llegó nunca.

Y sin embargo, el recuerdo del sacerdote le perseguía. Las palabras que su mujer pronunció el día en que, loco de cólera, le había expulsado ignominiosamente, volvían como una obsesión.

—Has hecho mal en despedirle... ¡Si esto nos trajera mala suerte!

Un domingo vistió a sus tres hijos, y tomó de la mano los dos pequeños; Germana caminaba delante de ellos. La pequeña caravana se dirigió charlando hacia la casa rectoral. Entraron.

—Señor cura—dijo el hombre—¿recuerda cuando vino a pedir a nuestra casa, hace casi un año?

—No, amigo mío; para estas cosas tengo malísima memoria.

El obrero comprendió el delicado sentimiento que dictaba esta respuesta.

—¿Sabe usted, señor cura, que desde entonces he reflexionado?

—El dolor es un sabio consejero...

—Me he dicho a mi mismo: después de todo, los sacerdotes consagran su tiempo a nuestro servicio; es justo que los mantengamos...

El buen hombre, mientras buscaba en su bolsillo, añadió:

—He comprendido que, si trabajaran para vivir, no se ocuparían de los demás...

Y al decir estas palabras, alargó la mano:

—Acepte usted para el culto, una pequeña reparación.

El sacerdote miró el dinero.

—¡Es mucho! ¡Es demasiado! ¿Es salario de una semana?

—Tómelo de todos modos, señor cura... es mi agradecimiento... y el de mi pobre Juana.

* *

Cuando el obrero se retiró con su familia, los cuatro vestidos de luto, el buen anciano contemplaba, con la puerta entreabierta, cómo se alejaban...

Cuando desaparecieron, cerró diciendo:

—¡Qué bueno sería el pueblo, si no le engañaran indignamente!

(De «La Verdad», de Pamplona).

¡Aún estáis a tiempo...!

Ha transcurrido un año desde la fundación en nuestra parroquia de la Juventud Católica. Celebraron los jóvenes el aniversario el día de Cristo Rey, recibiendo a Jesús Sacramentado de manos del Sr. Obispo en la Catedral, asistiendo con su bandera a los solemnes cultos que, como terminación de la novena el Sagrado C. de J., se han celebrado en nuestra iglesia, y haciendo guardia, por turno, al Señor expuesto, como lo habían hecho ya en otros días.

Durante el curso pasado han celebrado con regularidad los actos reglamentarios: semanalmente, el «Círculo de Estudios» sobre la Personalidad Jurídica de la Iglesia; y el Retiro Espiritual, cada dos meses.

Al señalar esta fecha aniversaria queremos manifestar sin ambages ni rodeos los pensamientos que ella nos sugiere. Y en primer término, aquellos que, presentados diariamente ante el Sagrario, se dirigen en rendida acción de gracias a Nuestro Señor por los beneficios recibidos, por la perseverancia de los que se han marchado, y... hasta por los sinsabores que El, en sus determinaciones inescrutables, permite para nuestra purificación y para la consistencia misma de toda obra que le es predilecta.

De todo corazón damos satisfacción a esta exigencia de nuestra alma, que es también súplica para que derrame sobre nuestra amadísima Obra su Gracia fecundadora para el porvenir. ¡Ah!, sí, mucha Gracia de Dios necesitamos para que nuestra «Juventud» siga adelante. ¡Almas piadosas de la parroquia, orad, orad mucho por nuestra «Juventud Católica»!

En segundo lugar, hemos de afirmar categóricamente que son tiempos estos de sinceridad, siempre eficaz, siempre buena ante Dios y ante los hombres. No más estadísticas artificiosas, ni «bombos» ridículos.

No hace mucho, publicó un periódico local una información sobre esta «Juventud». Con sorpresa la leímos, a pesar de haber precedido una entrevista. Agradecemos muchísimo la finalidad alentadora que, sin duda, se propuso el periodista. Pero vamos nosotros a decir ahora lo que a él se le quedó en el tintero. Nuestra querida «Juventud» no tiene ambiente; vive cercada por la indiferencia y

por el pesimismo; se desconocen sus fines y su trascendencia (nunca mejor empleada esta palabra); la mayoría de los padres no sienten siquiera la curiosidad de conocerlos. Estamos seguros de que si se les llamara para una conferencia o para una simple entrevista en el «salón Feijoó» — único local de que disponemos — de todos aquellos que han de leer estas líneas asistirían media docena — los de siempre —, excusándose los más con las incomodidades (!) de acceso al salón, o con esta frase reveladora de una simplicidad que ha de ser funesta: «...una asociación más» (La comprobación será muy en breve, quiera el Señor que debamos rectificar). ¡Incompresión suicida! No se han percatado del cambio radicalísimo de los tiempos; ni de que el objetivo principal de la revolución es apoderarse del niño y del joven.

No, señores, no se trata de «una asociación más». Se trata de la Asociación por antonomasia en consonancia con las necesidades presentes. ¡Cuándo nos adaptaremos! Es absolutamente necesario intensificar la religiosidad en el joven y *proporcionarle un conocimiento superior de la Religión*. Ya no bastará la sola tradición familiar de catolicismo, único fundamento de la Fe en la mayoría de los católicos de hoy. *Hay que estudiar la Religión*. He aquí la finalidad de la «Juventud Católica». Para lograrla se reúnen los jóvenes en «Círculo de Estudio».

El Santo Padre manda que *todos* los jóvenes asistan a estos «Círculos de Estudios», y nuestro señor Obispo lo ha urgido desde el primer momento de su pontificado con diligencia no correspondida, por cierto, al menos en Oviedo. Si vosotros, padres de familia, no os interesáis por la Juventud Católica, en vano trabajaremos. La Juventud Católica tiene necesidad de vosotros; tiene necesidad de vuestra autoridad. Por otra parte, vuestros hijos tienen el derecho de conocer a Dios, de amarle y servirle. Quizás un día, dueños de sí mismos y cegados por las pasiones, renuncien a este derecho, y ya no tendréis otro recurso que gemir y llorar su apostasía. ¡Aún estáis a tiempo! Procurad que pertenezcan a la «Juventud Católica», todos desde los doce años.

Aviso importante: Deben asistir todos, mayores y menores, a los ensayos de cánticos a las seis de la tarde.